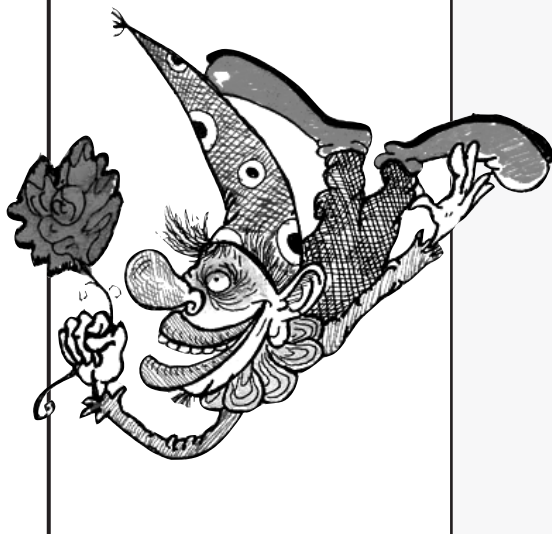


Martín Corona

Indolencias



Martín Corona

Q
Indolencias

Colección Parcela Digital
Indolencias/Martín Corona

Diseño de portada: Juan Carlos García
Ilustración de portada: Fernando
Ilustraciones: Fernando

Primera edición 77 Editores

Coordinación Editorial: Raymundo Aguilera Córdova
Formación electrónica: Emma Mora Pablo

UNIVERSIDAD VERACRUZANA INTERCULTURAL
Colección Parcela Digital
Calle J. J. Herrera No. 17, Zona Centro, C.P. 91000,
Xalapa, Veracruz. Correo electrónico: uviedicion@uv.mx

No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra sin la autorización previa y por escrito de la Universidad Veracruzana Intercultural, salvo breves extractos a efectos de reseña. El contenido de esta obra es responsabilidad de sus autores

Edición Digital 2010

Martín Corona

Q
Indolencias

TEXTOS MINI-POÉTICOS

...y sabes que iza velas la luna
en otros mares.

A Thelma Cuervo

Per tutti la morte ha uno sguardo.
Verrà la morte e avrà i tuoi occhi.

CESARE PAVESE

el amor es, al fin, una indolencia.

XAVIER VILLARRUTIA

¿Acaso los milagros no ocurren
dos veces?

MARCEL SCHOWB

TRÍPTICO ADÁN



Luego de comer el fruto prohibido salió del Edén. Sus pasos lentos nunca imaginaron el tormento de la eterna búsqueda. Su alma recelosa se volcaba completa en odio contra Dios y los ángeles, sin idea alguna de arrepentimiento. Él, hombre gigante, usurpador del poder divino —sin atisbar siquiera la cantidad de golpes por sufrir—, aún no percibía su ser mortal, lloraba la ausente esperanza de volver —tan siquiera a mirar de lejos— al árbol central del paraíso.

Siguió, fija la vista delante, en su avidez. Eva corría tras él, lo buscaba con ardor; pero sus cortos pasos, la falta de costumbre a la túnica o quizá la vergüenza, se lo impidieron. Ni un segundo lo perdió de vista, tratando —inútilmente— de llamarlo, Adán caminaba tan ensimismado que confundía el canto de las aves con los gritos de ella.

Pasaron días desiertos, montes, ríos, sendas; al fin descansó sobre una piedra. Eva —junto a él— lo miró a los ojos sin poder decir nada. Dos seres extraños, objetos sin función alguna.

Adán descubrió el hambre, un dolor en el sitio donde volaron mariposas cuando comió del fruto. Trató de fundar la palabra, de imaginar el placer, el tacto, encontrar algún modo de comprender y explicarle que estaban irremediablemente juntos. Nada dio resultado.

Dos árboles de distinta especie plantados en huertos vecinos.

Si la memoria de la tierra no miente, si tienen razón las aves —entidades sabedoras desde la creación—, el padre del hombre lloró sólo dos veces. Y como para el llanto no hay tiempo, ninguna fue antes ni después, cada lágrima suya pudo ser un mar o un lunar efímero en el polvo.

Nunca las piedras han negado haber escuchado el grito, y visto con su innato mutismo la desheredad innoble a que fue expuesto, luego de comer del fruto central del paraíso...

La piel quemada de Lilit, ávida y a la vez repelente, desgarraba las miradas del

Adán —púber, candoroso—, capturándolas en cada uno de sus poros. De ahí que el deseo —inextinguible, destructor— sea de la noche, del moreno manto, de los ojos negros o, al fin, de la ausente luz.

Luego que Dios ocultara a Lilit hasta de las sombras, Adán —arrastrándose como los animales— comenzó la tarea de cualquier cosa, recorriendo el Edén sólo para cuidar que bestias de cielo, tierra y agua estuviesen bien. Como el tiempo no existía, pasó así una eternidad creando la rutina. Hasta la noche que un gemido de dolor hizo a Dios volver los ojos a su —olvidada— criatura: él, sólo, se había arrancado una costilla, quizá intuyendo la muerte.

Apenas puesto el primer pie fuera de la choza, Eva vio huir una serpiente. La asechanza removió temores casi olvidados y clamó a Dios sin respuesta; Adán no le dio demasiada importancia. Mas el alma de ella quedó suspendida en dudas, las palabras de la condena nada le ponían en claro. El creciente desconcierto se volvía pánico, Eva esperaba en cada vuelo de las aves, en cada sonido del viento que surgiera la respuesta, suponía lo fatal.

Adán trataba de apaciguar su alma con las palabras que ocupaban a diario, pero nada daba resultado, esos sonidos

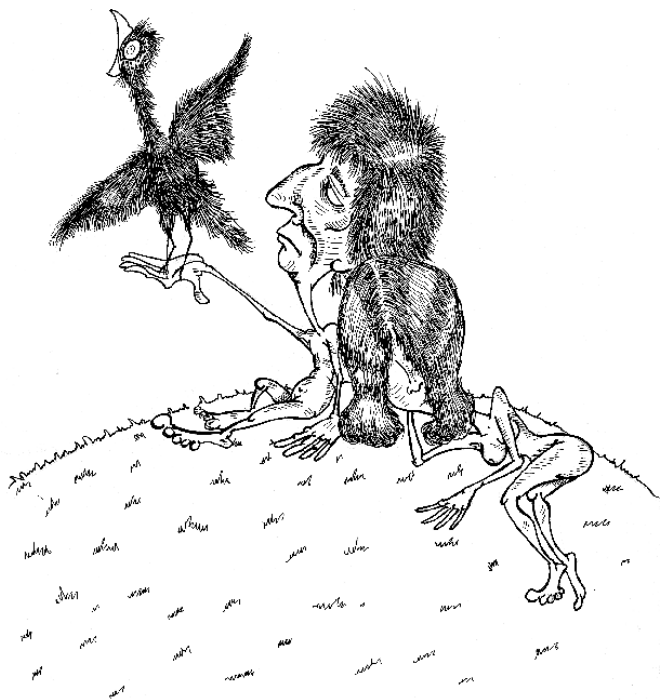
eran vacíos, nada había en ellos. Una tarde, cuando Eva regresaba de cerrar el cerco de los corderos, una piedra filosa se enterró en su calcañal. Al entrar a la choza notó que el rastro de sangre era sinuoso, había llegado a su casa dando tumbos por una serie de mareos incontrolables. Fue la única sangre que brotó de su cuerpo por mucho tiempo.

Entonces, buscaba con ardor la compañía de Adán y él se le desprendía algunas horas, que ella ocupaba sólo para dormir y llorar. Ahora sabía de las palabras divinas; volvieron a su cabeza con todo sentido. Pero de la noche a la mañana sentía repulsa por su nueva condición; era una Eva inimaginable, era ella y el otro ser que moraba en su vientre.

Un día la serpiente regresó para hablarle al oído; la esperaba sin saberlo, por ello se asía a los brazos de Adán. La bestia se le escurría entre las piernas, le recordaba de dolores, de partirse por el medio y ella lloraba de pánico.

Después de dubitar demasiado, Eva tiró a la serpiente al suelo y le aplastó la cabeza con la punta del pie.

INDOLENCIAS



Los verdaderos fantasmas no son imágenes ni sustancia de los seres, sino el eco reverberante de la voz que jamás volverá a ser percibida. Lo demás, la ilusión de lo real que algunos alimentan, es renegar del mundo ¿Acaso puede alguien recrear al tacto la silueta de quien ha partido? Pero qué sencillo resulta evocarlo con palabras místicas y comunes, al primer rayo de sol, al deceso del día lluvioso; o cuando al mirar estrellas se intenta mágicamente borrar su nombre.

Pruebas todas de que la muerte existe para la sustancia; mas la palabra es linfa divina, de ahí que Juan supiera lo prístino del verbo.

Quisiera tener LA certeza de tu ser cercano mas solo estoy expectante.

Grito de la otredad, demonio mudo: apenas sílabas susurras sin soñar, cegadas con

el viento de una mueca indescifrable. Cotidiano rito del que no conozco el credo.

Vuelve si la maraña de palabras me ató a tu lejanía.

Ven si tu ausencia no conoce el eco de mi garganta.

Anda, que el tiempo me come los ojos entre signos que invocan en lenguas angélicas.

¿A dónde huir del olor de tu piel, nuevo dios creado al inmiscuirse entero, en mañanas grises de octubres muertos, repletos de seres rondando por la casa, ahora que te muestras como ya no serás nunca; pero de todo emana tu aroma y me descubro a cada paso convertido en lo que de tuyo amé, mientras eres otra que nadie, ni tú, concibe?

¿Qué queda

De mañanas tibias

De tu cuerpo sudoroso

Junto a un fantasma?

La urbe de frío tiene luz de farolas, única compañera de quien busca bajo su piel pegajosa y tibia. Papel y pluma se hermanan

al desconcierto, acompañan la espera de seres inciertos.

—¡Pero qué callada es la existencia de quien —en noche desértica— aguarda a quienes conocen su nombre!

¡El pobre cree estar salvo del juego violento!

Late una certeza con fe ciega en destino claro: lo peor no ha sucedido.

—Qué triste es ser humano donde todo el mundo es otra cosa.

PAROLA CHIUSA



Araña del ayer me enreda en recuerdos, la batalla está perdida: nada puede romper la tela con que alas y patas y cuerpo se hacen ovillo. Expectante de que culmine la fuerza, juega a retirarse, esperanza lúdica y mortal, volviendo a la vez...

Sus patas traseras golpean, su veneno convierte los sueños en el insomnio que va mellando toda fuerza...

Hasta, en el último atisbo, mirar la faz bestial que se acerca a besar.

Como el tiempo del día pasado, sin diferenciar alba de bogar menguante, existo. Vacío, secarse a cada palabra, solo.

Sueño frases cortas, cortadas... todas yermas como éstas, nulidad de onanizarse cotidianamente, rutina necesaria.

Está esparcida por el cuarto, mi laguna
de vida, la ceniza del cigarrillo. Anquilosado en
el profundo fango de una luna sin dragar.

CRUENTO HIPERVIVIR



Sonata Kreutzer

Tu soledad cala los huesos por microondas, mientras lloro electromagnético el no mirarte. ¡Qué maldita bobina es el destino que interpreta Beethoven!

Me gusta cómo dueles.

Habría que detenerse en cada instante una vida para comprender su propia razón, así se tienden perfectas conexiones; no casualidad, no destino, sino la causalidad perfecta en sí misma, imposible deshenebrarla para el insignificante juego del pensamiento humano.

Amarga calma
de este hastío
nonato,
humo informe se vuelve
neurovolutona
endulcorando el ojo
desamargando el mango
embotonado,
llevante al mundo más posible
del recontremotol.

¿Qué hacer cuando sobra la vida?

Índice

Tríptico Adán	11
Indolencias	19
Parola Chiusa	27
Cruento Hipervivir	33

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Dr. Raúl Arias Lovillo
Rector

Dr. Porfirio Carrillo Castilla
Secretario Académico

C.P. Ma. Antonieta Salvatori Bronca
Sria. de Administración y Finanzas

UNIVERSIDAD VERACRUZANA INTERCULTURAL

Dr. Sergio Téllez Galván
Director

Dr. Gilberto Domínguez Estrada
Secretario

Lic. Gustavo Salvador Trujillo
Administrador

Raymundo Aguilera Córdova
Edición

Emma Mora Pablo
Formación

